

Quizás alguna quisiera jugar a la rueda de la fortuna con tu rueda, o deshojarla como una margarita de caminos, o hacerla rodar de pronto, veloz y enloquecida como pezuña de avión, o jugar al corro de niño, floreciendo en melancólica canción, en torno de esa manquedad o mutilación automóvil, que hace de tu humilde máquina un extraño pájaro caído.....

Quizás alguna anhele secretamente subirse en dulce y silencioso raptó, a la grúpa de tu carro, para viajar por las lejanías del sueño, o trepar con él a tus espaldas, como el alma de tu ajuar de nómada, hasta llegar a otros pueblos embalados en humo color de rosa, a organizar con la magia de tu voz y de tus silvos, otras mínimas farándulas para muchachas y mujeres luminosas que traen sus tijeras de plata con cintas rosadas, y sus cuchillitos de mangos labrados y con cintura femenina...

Quizás algunas mañanitas azules con trenzas rubias que escuchan tu canción sueñan con tus narraciones en los corros de las lumbres o en los patios de las posadas, y hasta se ven a sí mismas, colgadas de tu recuerdo y de tu labio, de tu blusa y de tu sonrisa, como jirones de luz...

Pero tú, amolador, llevado por tu sed de rumbos, no sabes cuántas mañanas dejas atrás enamoradas, por esos pueblos de Dios... Tú no sabes que muchas mañanitas rubias y dulcísimas, altas de rubor, cuando te ven llegar con tu máquina y tus melodías de mago, a sí mismas se sienten más dulces y doradas, más azoradas y nerviosillas, y se te ponen a escuchar, temblorosas de emoción y de amor.

Pero tú eres ciego como el ojo de la rueda de tu máquina y sordo como la orejita que le mueves, y pasas por el mundo, anda que anda con la graciosa y grave cojera de tu pedal, bebiendo en las copas de todos los horizontes, vinos de todos los panoramas; y así es tu marcha la de un embriagado de rumbos y caminos..:

Y así no caes en la cuenta de que, cuando tú te vas, ebrio o sonámbulo, para seguir abriendo caminos redondos con el absurdo arado de tu rueda, quedan atrás unas mañanitas rubias azules, tiernas y dulces, que se hen puesto de pronto, viéndote marchar, pálidas y tristes...

PEDRO CABA.

“DANIEL Y ODAYA,”

POR MANUEL SITO ALBA.

Si fué en Jericó o en Rama, o en Betel o en la misma Jerusalén, nadie lo sabe ya; la memoria del lugar se ha perdido y sólo ha quedado la del suceso.

Parece ser que ocurrió mucho antes de venir Cristo al mundo y en una aldea apartada de Palestina. El hecho nos lo cuenta la Historia aunque calla algunos detalles que no eran de interés para la narración parabólica, pero que a mí me han picado la curiosidad y me he dispuesto a esclarecerlos.

Sucedió—como decía antes—que en una aldea pequeña había una familia de los de rancia solera campesina cuya cabeza era Mesizabel, el cual había contraído matrimonio con Susana, mujer de singular belleza, de la que tuvo dos hijos, Odaya, el primogénito, y Daniel. Al poco tiempo Susana murió, dejando a los dos niños de poca edad al cuidado de su padre Mesizabel. Los dos iban creciendo; pero según se hacían mayores iban siendo cada día que transcurría más distintos. El mayor, Odaya, se criaba delicaducho y triste mientras el pequeño Daniel crecía fuerte y alegre; el mayor era pálido, el menor era moreno y colorado. Llegó la pubertad y los rasgos apuntados se iban fijando cada vez más en cada uno de ellos; Odaya seguía triste y Daniel alegre. A Daniel le querían todos con locura, esclavos y familiares, a Odaya más que quererlo lo respetaban; el padre, Mesizabel, repartía su amor por partes iguales, si bien tenía especial ternura por Daniel que era el más cariñoso. Por lo cual Odaya siempre había tenido cierta envidia hacia su hermano Daniel.

Entre ellos se había criado Judit, hija de esclavos de la casa de su padre. Judit desde pequeña había gozado de todos los bienes de una niña libre, Mesizabel la adoraba como a una hija, y le daba igual trato que a Odaya y Daniel con los cuales jugaba cuando pequeña. Judit era algo menor que Daniel, lo que hacía que siempre hubiera jugueteado más con éste que con su hermano Odaya. Pero ahora habían olvidado los juegos; Judit era ya una mujer, no obstante, cuando Daniel alguna vez salía al campo, Judit siempre le acompañaba. Los dos se criaban en un estado de inocencia primitiva y aunque ya eran crecidos parecían niños por su ingenuidad; todavía no conocían la malicia, pero ésta es innata en los hombres y aunque no se enseñe, tarde o temprano surge.

Un día habían salido los dos muy de mañana montados en dos hermosos pollinos, el asno entonces no era mirado con el desprecio de hoy día; habían llegado cabalgando hasta un río, quizás fuera el propio Jordán o algún afluente suyo. En un abrir y cerrar de ojos Judit y Daniel se encontraron desnudos dentro de él; la frialdad del chapuceo reanimó y desentumeció sus miembros; estuvieron largo tiempo en el agua con alguna salida durante corto tiempo para volver a entrarse al momento; las bromas se repetían y Daniel hacía valer su corpulencia para sumergir brevemente a Judit dentro

del agua, en el jugueteo varias veces se enlazaron los dos cuerpos jóvenes, pero rápidamente se separaban. El Sol ya estaba en el cenit, chorreando agua salió Judit del río perseguida por Daniel, no encontrando lugar mejor de refugio, trepó por las ramas de un sauce que también se bañaba en el río. Daniel la buscó con la vista, al fin la encontró en lo alto del árbol. Muchas veces había visto a Judit, pero nunca la había mirado. En vez de subir rápidamente, se quedó abajo contemplándola; ¡qué bonita estaba! Su desnudez solo se velaba un poco por su largo cabello negro. Ella arriba esperaba impaciente su subida, cuando notó que la miraba sintió una inquietud alagadora. Daniel comenzó el ascenso; Judit le veía gatear por las ramas para alcanzarla. Ella le esperaba desasosegada; los músculos de Daniel se tensaban en la subida, su corpulencia no era extrema, pero sus formas estaban bien marcadas; ya se encontraba cerca, Judit trató de huir, pero sin querer se encontró en los brazos de su compañero; el haberla alcanzado en lo alto los quedó a los dos inmóviles, en tierra la hubiera llevado al agua, pero allí arriba, ¿qué hacer? La inmovilidad duró poco. Estaban los dos muy juntos, sus formas se entremezclaban, el calor era grande y sin saber como se besaron; aquel beso era algo nuevo, muchas veces se habían besado pero nunca como entonces; Judit de un rápido y tremendo salto se tiró al agua desde la copa del sauce. Daniel estaba nervioso y no pudo retenerla en su huida por sorpresa, él desde lo alto con un gracioso impulso también fué a sumergirse en las aguas frescas del río.

Se les había hecho tarde y rápidamente se vistieron para emprender la vuelta. Cabalgaban en silencio, un silencio un poco embarazoso. Daniel miraba insistentemente de reojo a Judit, esta sentía la mirada y bajaba confusa los ojos. Algo nuevo se les había revelado y se encontraban extraños, un poco raros, parece como si la antigua camaradería se hubiera roto; pero no era así, lo que había pasado era que se había transformado en algo más fuerte.

Los días que siguieron, Judit se hacía la huidiza; sin embargo, cuando se encontraba a solas con Daniel se encontraba en sus brazos con facilidad.

Odaya estaba atento a las faenas del campo y ayudaba a su padre en todo lo que se refería a la administración, le gustaba irse haciendo cargo de los bienes que poseía su padre para estar al tanto de todo cuando tuviera que sucederle; Odaya tenía un alma estrecha, secretamente, en el fondo de su corazón ambicionaba poseer todo aquello; su docilidad era una máscara para encubrir su ambición. Su padre iba delegando en él muchas cosas y él esperaba impaciente el día que delegara por completo.

Apesar de sus muchas ocupaciones no le había pasado inadvertida la rápida transformación que había sufrido Judit; pero mientras Daniel estuvo indiferente, él permaneció quieto. Le había lanzado alguna que otra mirada lujuriosa; pero no se había detenido en más, no le convenían tropiezos, en su ambición de dominarlo todo, ya le llegaría el tiempo.

Y el tiempo fué llegado. Odaya no perdía detalle y se había fijado que los ojos de su hermano Daniel brillaban de un modo extraño cuando miraban a Judit. Estuvo al acecho y los sorprendió varias veces en intimidades y confianzas que le parecieron excesivas.

Odaya era ambicioso y por lo mismo era activo; Daniel era despreocupado, no tenía apego a las cosas, por lo cual era más indolente. En el momento que Odaya se convenció que era necesario actuar, actuó.

La primogenitura entre los descendientes de Abraham era sagrada. El primogénito tenía todos los derechos. Odaya lo sabía y lo hacía valer. A Daniel hasta entonces no le había importado y ni siquiera había notado sensiblemente el privilegio que le asistía a su hermano. Su sorpresa fué enorme cuando la misma Judit le dijo que Odaya la había solicitado a su padre para que se la entregara como esposa. Daniel conocía pocas veces la cólera; pero al enterarse de la noticia le poseyó por completo. No tardó un momento, en seguida se fué a hablar con su padre Mesizabel, a decirle que él amaba hacía mucho tiempo a Judit, que tenía que ser suya, que ella le amaba a él; pero todo fué en vano. Mesizabel le escuchó atento, y con el corazón hecho pedazos le dijo lo imposible que era atender a su demanda. Odaya era el primogénito y le asistía el derecho de elegir; además se había anticipado en su solicitud, y habiéndole ya Mesizabel concedido su petición, no podía volverse atrás.

Daniel se llenó de dolor y no dijo más. Los preparativos para la boda de Odaya se aceleraban. El alegre Daniel se había vuelto taciturno, ya no reía. Judit desde el día que le fué anunciada su boda permanecía en un estado de triste resignación. Contemplaba todo lo que se preparaba para el día de su unión con Odaya sin inmutarse. Judit no había vuelto hablar; a su prometido le inquietó un poco su silencio pero no le concedió importancia.

Un día de los días Daniel se encontró a solas con Judit; sin poderlo remediar la esclava rompió su mutismo en contenidos sollozos; hasta allí había sido fuerte, pero al lado de Daniel no pudo contenerse y lloró largamente. El era varón, pero los varones también lloran si el motivo es el amor. Y los dos abrazados confundieron sus lágrimas y sus cabellos.

Daniel no podía soportar más su amargura, e hizo lo que había de hacer.

Mesizabel sabía la pena de su hijo menor, pero el no podía hacer nada. Buscó a Daniel y le atrajo hacía sí, le habló dulcemente, lo más dulce que pudo y su hijo no contestó. Si hubiera podido no lo hubiera hecho, pero además no podía, un nudo le obstruía la garganta impidiéndole modular palabra; una sola que hubiera intentado decir y habría mojado las barbas de su padre.

Una noche salió de su dormitorio y como ladrón cruzó en silencio la estancia. Ya estaba fuera, un paso más y habría dejado la casa paterna. Iba a darlo cuando vió que una sombra se le acercaba lentamente, caminaba hacia él con paso cansino, llegó a la altura de la palmera que estaba ante la puerta y la luna iluminó su rostro: era Mesizabel. La noche era calurosa; las preocupaciones no le dejaban dormir y había salido a meditar. Cuando vió a su hijo se lo figuró todo.

—¿A dónde vas?, le dijo posándole la mano sobre el hombro. Daniel no contestó. Entonces el padre repitió la pregunta con más energía, Daniel alzó el brazo y señaló a lo lejos.

—Muy largo de aquí, murmuró con voz entrecortada.

—Así no. Respondió Mesizabel, y le hizo entrar.

El padre no sólo comprendía la actitud del hijo, sino que en parte la aprobaba. No quería que se fuera con las manos vacías y se las llenó.

Mesizabel mientras preparaba la boda de su hijo Odaya, preparaba la marcha de su hijo Daniel. Lo verificaba en secreto y sin que nadie lo sospechara. Se hizo de la mayor cantidad que pudo de dinero y se los entregó a Daniel para que pudiera vivir cómodamente lejos de él.

Una mañana Mesizabel fué a despertar a su hijo menor. La obscuridad todavía reinaba en el cielo. Le entregó todo lo que le tenía preparado y le acompañó hasta los confines de su heredad. Allí en lo alto de una colina se despidió de él. Daniel empezó a caminar sólo, frente al Sol que empezaba a salir. La ténue luz le daba un raro aspecto; Mesizabel le contemplaba desde lo alto. Allí estuvo hasta que lo vió desaparecer. Mesizabel quedó lleno de soledad. Tenía dos hijos y había perdido uno, y sintió un frío y un desconsuelo que le hicieron envejecer en un momento varios años. Volvió a la casa, cuando el día empezaba a nacer, las flores se abrían y los pájaros revoloteaban inquietos y felices saludando la luz del sol.

* * *

Daniel caminó durante algún tiempo huyendo del recuerdo; pero el recuerdo le seguía. Cansado de andar se detuvo en una ciudad de mucho tráfico. Allí decidió fijar su morada y para olvidar el pasado se rodeó de todo lo mejor; su casa estaba continuamente llena de amigos que venían atraídos por el derroche de tantas riquezas; bailarinas y mujeres de todas las clases trataban continuamente de recrearle; los mejores manjares de la ciudad iban para la casa de Daniel; las bebidas más exquisitas eran servidas con abundancia en sus orgías; los perfumes eran tan fuertes, que ahogaban al que no estuviera acostumbrado. Los mejores tejidos eran vestidos por él así como por sus comensales; sus muebles eran la envidia de sus vecinos. Las más bellas mujeres las tenía para su entretenimiento. Y nada de esto le podía hacer recuperar su alegría; Judit estaba continuamente en su imaginación.

Y lo que tenía que suceder, sucedió. No hacía un año que se había marchado de la casa de su padre, cuando su administrador le comunicó que no quedaba dinero ni para los gastos del día. Hubo que vender y, por lo tanto, que reducir el plan de vida. Poco a poco faltaron los amigos, hasta que llegó un día que no fué nadie. Su casa se encontraba desierta. Todo el ruido anterior de músicas y risas había desaparecido; únicamente quedaban Daniel, que había roto el último mueble para calentarse, y un gato. Cuando el fuego se hubo consumido, el felino, lentamente, y con una gran majestad, atravesó el salón vacío, desapareciendo por una ventana.

Daniel lloró largamente su pena y su soledad y, al fin, sintió frío y abandonó también su casa, para no volver más. Anduvo varias horas por la ciudad sin rumbo fijo, hasta que se hizo de noche. Fué a casa de varios amigos de los que habían malgastado su dinero y ninguno le conoció. Había pasado la media noche y, hambriento y aterido, fué a parar a una finca cercana a la ciudad; allí pidió ocupación, y se la dieron; desde aquel día, quedaría al cuidado de los cerdos de la casa. El trabajo no era fuerte; el sustento tampoco. Muchas veces se veía forzado a robarle su comida al ganado. Con las calamidades, la nostalgia de Judit y de su casa fueron mayores; no podía apartar de su mente las lágrimas que humedecían las mejillas de su padre cuando le dijo adiós; a veces pensaba en volver; alegraría a su padre, y Judit, olvidado ya todo el pasado; sería para él una hermana; pero otras veces se daba cuenta de lo imposible que era todo esto, él la amaría siempre; además su padre le había dado su parte y él allí era un desheredado sin derecho a nada; los había abandonado por su voluntad.

Llegó un tiempo en que no pudo aguantar más sus sufrimientos y emprendió el regreso. Se echaría a los pies de su padre, le pediría perdón por

haberlo abandonado y le suplicaría que lo admitiese, como criado; allí viviría mejor y contemplaría, aunque solo fuese desde lejos, a Judit.

La vuelta fué penosa, mendigando iba por los caminos para poder alimentarse lo imprescindible.

Mesizabel, desde el día que partió Daniel, no había podido dormir. Muy de madrugada se iba a la colina donde lo vió por última vez y allí, sollozando, esperaba la venida del día que nunca le traía a aquel hijo tan amado. Una mañana estaba Mesizabel elevando preces a Jehová allí en su colina por su hijo Daniel. Cuando un punto que vió en el horizonte le sobresaltó. Muchas veces le habían engañado las imágenes lejanas de los caminantes; pero aquella vez fué diferente. El sol empezaba a iluminar el campo y aquel punto empezaba a tomar forma; conforme se acercaba iba adquiriendo mayor velocidad el corazón de Mesizabel. No obstante, aquel caminante no era su hijo, no podía ser su hijo. Daniel era erguido, y aquél caminaba encorvado. Daniel era joven y aquél parecía un viejo. Daniel era elegante, era rico, y aquél era un mendigo lleno de harapos. Cada vez estaba más cerca y cada vez latía más fuerte el corazón de Mesizabel. Un grito se escapó de su garganta, la voz de la sangre había sido superior a la evidencia de los sentidos. Daniel se echó a sus pies sollozante.

Padre, pequé contra el cielo y contra ti, yo no soy digno de..... Mesizabel no le oía, no cabía en sí de gozo, lo había elevado hasta su pecho y lo estrujaba contra su corazón. Lágrimas de alegría iban resbalando por la barba del viejo hasta la cabeza del hijo. Aquel día sería fiesta solemne en la casa, había perdido un hijo y lo acababa de encontrar. Las mejores reses fueron sacrificadas, las mejores galas fueron hechas, el mejor vino fué escanciado. Daniel por un momento olvidó todo y fué feliz. El que pensó ser un criado en la casa de su padre, era otra vez un señor.

Al anochecer volvía Odaya con los trabajadores de realizar las faenas agrícolas. Odaya era el mismo. Desde que se marchó su hermano se había él hecho cargo de casi todo; su padre quedó muy abatido y no podía atender a nada. Judit no había significado nada en su vida; únicamente la posesión de un nuevo goce, algo así como si hubiese adquirido un caballo que deseara; su espíritu continuaba soltero, egoísta; si sus carnes se habían unido, sus almas continuaban separadas. Para Judit, Odaya era su señor, al cual tenía que obedecer pero nada más. A solas lloraba la ausencia de Daniel. Cuando Odaya llegó a la casa preguntó el motivo de la fiesta.

—Ha vuelto tu hermano Daniel, le contestaron. Y su alma se llenó de pesar. En el exterior permaneció casi impasible, pero no pudo remediar el reprocharle a su padre que a él nunca le había agasajado de aquel modo y siempre le había permanecido fiel sin abandonarle.

Daniel ya había visto a todos y todavía no había visto a nadie. Judit no se había hecho visible y Daniel no preguntó por ella.

Ya había oscurecido y su luz no había aparecido. Ya se iba a retirar pues estaba cansado del viaje y de las emociones del día, cuando en un rincón vió que le miraban fijamente: era Judit. Se miraron y no pronunciaron palabra. Daniel se fué a dormir.

Ya llevaba algún tiempo en la casa y todavía no había podido hablar a solas con Judit; lo temía y lo deseaba. Aquel día Odaya había salido muy temprano. Su padre le había acompañado. Daniel quedó solo en la casa. A media mañana salió a pasear por los alrededores. Iba caminando cuando vió

que una mujer perseguía una gallina para darle caza. Cuando había hecho suya el ave y volvía satisfecha, Daniel la reconoció, era Judit.

—¡Daniel!

—¡Judit! No dijeron más, sin saber como se unieron en un abrazo, no lo pudieron evitar. La gallina corría feliz libre de su cazadora. Había transcurrido un gran rato cuando pudieron reaccionar. Bajaron los dos la vista un poco avergonzados. Su amor estaba al margen de las leyes. No obstante ellos se sentían incapaces de estar juntos y quererse como hermanos. Cuando se separaron Daniel pensó largamente. Cuando se dirigió al lecho permaneció un gran rato sobre él, sin tomar ninguna determinación. Al fin se decidió. Se incorporó y salió de la casa. La noche era cerrada, no se veía un claror. A campo traviesa fué caminando sin volver la vista atrás. Esta vez se marchaba para no volver. Sería un caminante desgraciado como aquel judío de la leyenda que todavía marcha errante por el mundo sin punto de parada.

Badajoz, 1943 - Madrid, 1945.

¡SOLO UN INSTANTE!

Por EDUARDO ALVARADO VIDARTE.

¡Déjame por un momento, por solo un instante, que sea feliz con tu recuerdo! ¡Déjame tomar el laud y elevar mi plegaria a las musas del Parnaso!

Por un instante quiero respirar el aroma de tu fantasía, embriagarme con la sonrisa azul de tus labios, adormecerme con la mirada acariciadora de tus pupilas.

¡Ven imagen de mis sueños! ¡Tráeme con tu presencia cantos de poetas, caricias de sirenas y trovas de luceros!

Déjame por un instante, en ansia vehemente, escalar las altas regiones en que la materia no tiene extensión, y que tu figura, como sinfonía acabada, suene a mis oídos semejante a nota arrancada del Arpa Divina.

Abre los pétalos de tus labios en los que cuajan rojas amapolas de primavera y que en tu faz de azucena se refleje el fondo immaculado de un corazón puro.

¡Espera, no te vayas! Déjame evocar tu cuerpo de poema, que es arpeggio celestial y nostalgia de atardecer.

Quiero sacarte de la negrura de la noche, de esta noche fría y gris. Quiero compararte, vaporosa y resplandeciente, con la estrella que fulgura en mis sueños de utopía.

¡Ven, corre, imagen adorada! ¡Bríndame, por un solo instante, tus labios de rosa recién florecida!... ¡Abrásame con la mirada incandescente de tus bellos ojos azules!...

Déjame mecarme en la suave ternura de tu pecho que lanza a los éteres los más delicados perfumes de alegría y felicidad.

¡Ya te marchas lirio de mis sueños!... ¡Ya me dejas solo con la noche gris y fría!... Ya nadie consuela mi martirio de amor!...

Página poética de FERNANDO BRAVO Y BRAVO

DE DIOS Y DE MI

ALTURA

Para Urbano Sánchez Vusta.

Cuando del alto monte
en la aguzada cima
que luz y viento afilan,
mi herido vuelo desangrándose reposa,
—centro fiel de inasibles horizontes—
el macerado estruendo del dolor humano
es solo una blanda caricia en el silencio,
tan terso y limpio, de la imperturbable altura.

¡Qué ganas de acabar, ay, dan aquí!
Amortajado en hábito celeste,
de sangre las laderas chorreando,
y el ancla de la carne mustia... ¡Libre el alma
y gozosa viviendo renacida!

—¡Mi cuerpo, eh, mi cuerpo!—y el alma llorosa
gime al par que con júbilo seca sus lágrimas—.

(¿El féretro infinito guardará mi cadáver,
y acaso el sol será eterno cirio de luz
y del viento la canción exequia perenne
y un incienso inexhausto el amor de la amada?)

—¡Aquí el tránsito supremo!
¡Aquí, Señor, aquí: del alto anhelo
en la insobornable altura!

FLORILEGIO GALANTE

AGUDA ESPINA

Era yo una concreción
de vida en llama dorada
que apagaba mi canción
en los labios de la amada.

¡Qué gusto en mi corazón
la aguda espina clavada!

Era norte en mi vivir
el doloroso placer
de sentir,
y saber,
tu esencia eterna, mujer.

Y soy ahora una suelta
dispersión de desengaños,
un viajero que de vuelta
se encuentra solo entre extraños.

Y es el cantar de mi vida:
¡Qué dolor
mirar de mí desprendida
la aguda espina de amor!

RETABLO LUGAREÑO

UN SEÑOR

Para Juan Luis Cordero.

Nació un día.
Vivió entre continuos rezos
y bostezos,
lleno de melancolía.

Tuvo algunos devaneos
solo por devanear,
—primavera de deseos—
y después... ¡ni recordar!

Fué bailarín de casino,
solterón de rebotica...
¡Hasta que quiso el destino
casarlo con una rica!

Hablaba con ademanes
solemnes de naderías,
y entre escopetas y canes
fué consumiendo sus días.

El tiempo se le pasó
como una sombra ignorada.
Nació un día, otro murió.
Y fué entre dos fechas: ¡Nada!